



EL LEMA

Todos hemos oído hablar de la Ciudad de los Muchachos, obra que fundó el Padre Flanagan, para recoger a chicos más o menos abandonados, educarlos, instruirlos en oficio o carrera, hacerlos hombres. Tenía la norma de no admitir niños con enfermedades que los imposibilitaran para seguir el ritmo de trabajo, estudio, recreo y oración, establecido en la Ciudad de los Muchachos.

Un día le avisaron que en la sala de visitas preguntaba por él una señora de mediana edad, con un niño de unos trece años que parecía hijo suyo. El chico que trajo el recado al Padre Flanagan le dijo que ambos estaban sentados en la sala y que la madre rogaba ser atendida por el sacerdote.

Este se acercó a la sala de visitas y, en efecto, sentados en dos sillas, con una de las ventanas al fondo, divisó a la madre y al muchacho, que se llamaba Antonio.

Aquella se acercó a saludarle y luego se sentó pronto.

Al Padre Flanagan le sorprendió un poquito que el niño no se hubiera levantado para saludarle también como la madre; pero lo atribuyó a timidez, a la sorpresa de encontrarse ante un desconocido, y no dio al hecho importancia especial.

La señora insistió que le era muy necesario colocar al niño en la casa, pues su marido la había abandonado y ella tenía que ganarse la vida trabajando como interina para distintas familias, sin tener un hogar propio.

-Bien; pues su hijo queda admitido en la Ciudad de los Muchachos y espero que aquí aprenderá cosas buenas y será feliz.

Acompañó a la señora hacia la puerta de salida y ella se alejó rápidamente, hacia un taxi que la estaba esperando.

Cuando el P. Flanagan quedó solo con Antonio y le invitó a levantarse para enseñarle la casa, el niño, bajando la voz y como quien no tiene más remedio, le dijo:

-Pero yo no puedo andar solo... Soy parálítico de nacimiento...

Aquella había sido una mala partida que le había jugado la madre del niño... Ahora comprendía por qué se había marchado tan de prisa... Pero, ¿qué culpa tenía el pobre inválido?

El Padre Flanagan decidió quedarse con el pequeño y atenderle lo mejor posible. Sería el primer parálítico de su casa. Hizo llamar a Eduardo, que siempre estaba alegre y dispuesto a hacer el bien.

-Mira, Eduardo: acaban de traernos este niño que no puede andar. ¿Podrás llevarlo al pabellón y encargarte de él, por ahora? Ya veremos cómo nos arreglamos y qué oficio se le puede enseñar

Y Eduardo cargó con Antonio, levantándole en vilo, después de pasarle un brazo por debajo de las piernas y otro por la espalda. Así avanzaba con él, precedido por el Padre. Le preguntó cómo se llamaba, dónde había vivido y le auguró que allí lo pasaría muy bien. Cuando el Padre Flanagan advirtió que Eduardo avanzaba un poquito más despacio que al principio, volvió los ojos para mirarle cariñosamente y preguntarle si se cansaba. El generoso joven respondió con una frase preciosa:

-No me canso, Padre: es mi hermano.

Y esa frase: «No me canso... ¡es mi hermano!» se convirtió en el lema de la Ciudad de los muchachos.

J.J.M.

**CUANDO ES EL CORAZÓN EL QUE HABLA,
TODOS SOMOS EXCELENTES ORADORES.**

MARÍA ME LIBERA

Cuenta el cardenal Van Thuang, obispo vietnamita encarcelado, cómo fue el día de su liberación:

"Durante la marcha en las tinieblas, cuando estaba preso, recé a María con toda sencillez: «Madre, si ves que ya no podré ser útil a tu Iglesia, concédeme la gracia de consumir mi vida en la cárcel. En caso contrario, concédeme salir de la prisión en una fiesta tuya».

Un día, mientras me preparo la comida, oigo sonar el teléfono de mis guardias. « ¡Quizá esta llamada sea para mí! ¡Es verdad, hoy es 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de María en el Templo!». Poco después, uno de los guardias viene y me dice:

-Después de comer, vístase bien, porque va a ver al jefe. Aquella tarde me entrevisté con el ministro del Interior.

-¿Tiene usted algún deseo que expresar?

-Sí, señor ministro, quiero la libertad.

-¿Cuándo?

-Hoy.

El ministro me mira muy sorprendido. Le explico:

-Señor ministro, llevo ya demasiado tiempo en la cárcel. He estado bajo tres pontificados: el de Pablo VI, el de Juan Pablo I y el de Juan Pablo II. Y además, bajo cuatro secretarios generales del Partido Comunista Soviético: Breznev, Andropov, Chernenko y Gorbachov.

Él se echa a reír y asiente con la cabeza:

-¡Es verdad, es verdad!

Y volviéndose hacia su secretario, dice:

-Haced lo que haga falta para atender su deseo.

Exulto: María me libera. ¡Gracias a ti, Madre! ¡Feliz Fiesta!

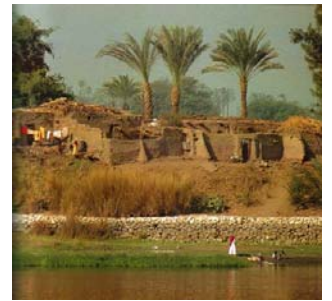
LOS DOS MOMENTOS CLAVE

Hay dos momentos clave en la vida del hombre: el nacimiento y la muerte: la vida terrena que comienza y la vida que acaba, cruzando el umbral del tiempo hacia la eternidad; momento éste que va siempre acompañado de una fuerte y especial densidad de sentimientos humanos.

La muerte es lo más serio de la vida; es la prueba más grande de todas, la definitiva: el cenit de nuestra vida, el último ofrecimiento que podemos hacer a Dios aquí en la tierra. Estamos seguros de que en esa hora, como a José, nos asistirán Jesús y María.

La visión cristiana de ese momento está bien expresada en uno de los prefacios de la liturgia de los difuntos: «La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo».

Jesús ha revelado el tema del examen final y además, ha descrito su desarrollo: «El Hijo del hombre vendrá en su gloria... Todos los pueblos de la tierra serán reunidos ante él,... y pondrá los justos a un lado y los malos a otro». El tema de ese juicio será el amor: «En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis».



Para ganar los corazones y hacerse querer, vale más la suavidad que la fuerza.

LUZ EN LA OSCURIDAD

Doménico Thetocópuli apodado el Greco, nació en Candía (Isla de Creta) en 1541 y murió en Toledo en 1614. Estudió con pintores bizantinos de iconos. Tras trabajar en Venecia, Parma y Roma llegó finalmente a Castilla puesto que muchos artistas italianos intentaban trabajar en la decoración del Escorial. Pasó a residir en Toledo donde le dieron el apodo alusivo a su patria de origen. Curiosamente cuando fue apartado del mundo de la corte de Felipe II pues no agradó al rey una de sus composiciones, obtuvo la consideración y estima de la que gozaría en Toledo hasta su muerte sobre todo por su amplia producción de temática religiosa.

Una hermosa tarde de primavera, un amigo acudió a la casa del Greco para visitarle. Cuando entró en la sala donde se encontraba, no pudo reprimir su sorpresa al hallar al pintor sentado tranquilamente en un ambiente de penumbra creado por las cortinas bajadas.

-Deja que entre la claridad del sol -dijo el amigo.

-Ahora no -contestó El Greco-. Oscurecería la luz que está brillando dentro de mí.

Sólo "desconectados" de nuestras ansias materiales podremos permitir el acceso de la luz de Dios a nuestro espíritu.

SANTA CONSEJERA

Gracias a los consejos y sugerencias de Catalina de Siena, muchas personas cambiaron sus vidas y regresaron a la Iglesia. Debido a su habilidad conciliadora, la gente acudía a ella para que los ayudara a resolver sus diferencias. Gracias a su sabiduría, Catalina se convirtió en una gran influencia para aquellos que leían sus escritos. Por su bondad llegó a ser consejera del mismísimo Papa. Y por su amor a Dios, llegó a ser una santa.

EL CIELO DE LOS PEQUEÑOS

Caridad era la más antigua de las castañeras de la ciudad. Desde hacía sesenta y tres años estaba allí, en una de las esquinas, con lluvias y fríos, arrebujada en una bufanda de lana cuando hacía frío o en un pañolón pardo durante los días de solecillo. Estaba allí porque le gustaba ver el movimiento de la gente, charlar con sus clientes, dar trocitos de cielo en forma de castaña a los niños. En los últimos años, cuando sus hijos se habían ya colocado todos y le insistían en que se quedara en casa, ella se empeñó en que su puesto era aquél y que se moriría si no lo ocupaba. Sólo faltó los últimos ocho días que precedieron a su muerte. Y ahora aquella esquina se ha quedado como muerta: falta la sonrisa de Caridad y el pequeño horno portátil de las castañas calientes.

¿Habrás, me pregunto, castañeras en el cielo? ¿Habrás esquinas heladas en las que los pobres, los pequeños seres de este mundo, puedan tener ocasión de seguir ofreciéndonos su ternura, su amor?

Y se me va poblando la cabeza de todos esos seres «insignificantes», sin los cuales yo no habría conocido la mitad de ternura de este mundo. Todos ellos, pienso yo, estarán ahora «allá en su sitio», en su cielo, ya que difícilmente sería éste completo si no existiera allí esa pequeña gente que fueron -¡sin que nos diéramos cuenta!- el jugo de la vida.

El cardenal Newman cuenta que, siempre que soñó con el cielo, lo imaginó con las características de su pueblo de niño. Y apostilla uno de sus biógrafos: «Feliz el hombre cuyo cielo es el hogar familiar. Sí, felices los que no necesitan ir al cielo para conocerlo, porque ya han estado en él de pequeños.»

Ya sé que en los anuarios del mundo no son precisamente esos los importantes. La historia (lo que llamamos historia) se organiza en torno a los grandes, a los poderosos. En sus listas aparecen políticos, banqueros, grandes escritores, ilustres magnates. Pero ¿quién sostiene de veras el mundo? ¿De dónde brota el río subterráneo de bondad que corre por las entrañas de la Humanidad, por debajo de las guerras y los debates parlamentarios? Porque una madre desconocida puede ser más importante que un embajador o un ministro.